

## **La otra frontera capital: vida/muerte.**

Suicidio: notas sin sosiego

Arnoldo Kraus

### **Releo las últimas notas en el cuaderno de un suicida:**

Cada noche espero que la muerte me salve de la próxima noche. Cada noche me hundo en el silencio que asfixia, en el silencio que tapiza las paredes de mi cuarto, en los tonos groseros que asoman por la ventana cuando abre el día. Cada noche intento huir cuando las primeras bocanadas de luz anuncian que la luz de la mañana triunfó sobre la oscuridad del silencio. Cada noche espero que la muerte llegue.

Leo una vez más, con tiento. Recuerdo el diálogo. Viajo al pasado. Imposible olvidar lo que escribió mi paciente, meses antes de morir, en el rollo de cartón en el que se enrolla el papel de baño:

La muerte es el imperio del silencio, el hogar del eterno callar. Es el único espacio invulnerable, la primera y la última certeza. Es la casa infinita y el lugar donde siempre significa siempre. Ahí pernoctan, *ad libitum*, todos los deseos, todas las ideas, todo lo no dicho.

Recuerdo y transcribo las palabras:

—¿Es acaso posible negociar con la muerte?, preguntó mi paciente.

—En algunas ocasiones sí, en otras no.

—¿Cuándo la muerte es realmente la muerte?

—¿Te refieres a la del cuerpo, a la del cerebro, a la del alma, a la del olvido o a la de la tumba?

—Pienso en la que sigue tras la última bocanada. La que se adueña de la libido cuando la vida pesa demasiado. La que enfría el cuerpo y hunde los ojos. La que detiene por unos momentos el habla de quienes observan.

¿Cuándo la muerte es realmente la muerte? es una pregunta compleja. No hay ni habrá consenso: la mirada de los filósofos choca con la de los cineastas, la de éstos con la de los médicos y la de los últimos con la de los poetas. Tras la pérdida de su hija, Joan Margarit escribió:

De lo que siento acerca del mañana, lo más parecido a una certeza es que Joana y yo no volveremos a vernos. Cuán distinta sería la vida si la muerte fuese esperar muchos millones de años para podernos encontrar de nuevo, aunque fuese tan sólo durante unos breves instantes.<sup>1</sup>

Abro otra historia: “La muerte es la única certeza que asegura que la vida nunca regresa. Es la muerte quien nos enseña que la espera carece de sentido, es ella quien teje y desteje la palabra nunca”.

¿Cuándo la muerte es realmente la muerte? Copio de una revista médica una definición simplificada que dice: “puede hablarse de muerte cuando se determina el cese irreversible de las funciones circulatorias o cuando se diagnostica el cese de las funciones cerebrales, incluyendo el tallo cerebral”. Circulación y cerebro interrumpidos como sinónimo de muerte, como lenguaje de la ciencia, como instrumento de los médicos para aseverar que llegó el fin. No fluye la sangre, cesan las ideas. Las palabras son insuficientes. Todo es frío, todo es hacia atrás.

La definición es *ad hoc*: no admite escrutinios ni discusiones. Es puntual y precisa. La muerte es la muerte. Es universal inmemorial incluyente infinita inasible incansable incorruptible intransigente. Es atemporal y total. Sólo el humor negro, como el de Woody Allen logra desnudarla “un poco”: “No es que tenga miedo de morir. Lo único que deseo es no estar ahí cuando suceda”. La muerte es la muerte. La definición es adecuada para casi todos: ciencia, médicos, amortajadores e incluso plañideras la entienden. Escapan a ese universo quienes piensan en vida en su muerte.

Abro otro cuaderno. Leo en voz alta:

Mis noches son lentas, torpes, sordas, simétricas, apnéicas, dolorosas. Todas duelen diferente pero ninguna es capaz de matar. Les pido que no regresen. Las empujo hacia el vacío. Las rasgo con las voces que vienen de las calles. Las insulto: enciendo la luz para amedrentarlas y confrontarlas. Adelanto los relojes y las engaño: “Son las siete, llegó la mañana. Es hora de marchar”. Enciendo velas para herirlas, para implorarles que no retornen.

Regreso, siempre regreso: ¿es posible negociar con la muerte?

Escribí: la vida no alcanza. Luego pensé: ¿A quién no le basta? Escribí y borré varias veces: la naturaleza carece de tiempo. La naturaleza nunca muere. Cambia. Se modifica, se altera. Su tiempo no sabe del tiempo. Escribí: el tiempo no muere. La conciencia del tiempo no existe ni en la Tierra, ni en los cielos, ni en los animales, ni en la muerte.

<sup>1</sup> Joan Margarit, *Joana*, poesía Hiperión, Madrid, 2002.

Los animales perciben el día y la noche, el verano, el invierno. No saben de la vejez, menos de la muerte. Un día sucede a otro día. Siempre es así. Poco duele la vida. Poco entienden del vacío, de la melancolía. Me dije: son afortunados. La vida transcurre sin la angustia de la muerte. Mueren sin percatarse de su propia muerte. Sin miedo, sin el horror de la inexistencia. La memoria no hiere.

Escribí: a los animales les basta la vida. Poco después reparé: quizás a quien se suicida también. La soledad puede ser infinita, los días interminables. Cuando *kairos* claudica, la vida se apaga. Lunes, martes, ¿cuándo domingo? *Tic, tac, tic, tac*. El tiempo, siempre el tiempo. Hoy amaneció temprano. Ayer amaneció a la misma hora. ¿Cuándo domingo? *Tic, tac, tic, tac*. Las manecillas nunca paran.

Releo las notas que dejó una suicida:

Así será mejor. Me despido. Es mucho el sufrimiento. El mío y el de ustedes. Les pido perdón pero no puedo seguir más. Es mucho mi dolor, es mucho el dolor que provoca mi existencia.

Tiempo después —¿quizás un domingo?— dejó otra nota dirigida a su médico en la parte trasera de una fotocopia de la página frontal de un libro que dice *El acto de morir* (ignoro el nombre del autor):

Para el doctor \_\_\_\_\_ de su paciente \_\_\_\_\_: Como una muestra de cariño ante la proximidad de mi muerte y para que entienda por qué las 'lúpicas' no podemos a veces conciliar el sueño. Con mucho afecto,

Con eso se despidió. Sus manos bastaron para amarrar las pañoletas. Los barandales fueron suficientes para acompañarla. El sufrimiento para empujarla. El dolor para acabar. Murió. Sólo murió. La vida del suicida arde cuando el tiempo se agota. Asfixia cuando el fuego se apaga.

Veo el cuerpo que cuelga. Una nota bajo el cuerpo que oscila: "Cierro las puertas. Ayer la vida. Hoy es ayer". Pensé: quien se suicida entiende que al igual que el tiempo, la muerte es infinita. Sabe que morir duele. Sabe que la muerte no duele.

El tiempo y la muerte carecen de conciencia. Algunos suicidas, en cambio, son tiempo, son conciencia, son vida, son espacio. Al menos, son *su* tiempo, *su* conciencia. Son *su* muerte, *su* vida, *su* espacio ●